UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Entre muertos

33326

La cuesta es áspera, desigual, empedrada con guijarros picudos. «Cuesta de rómpete el alma» la llaman los muchachos.

Por ella se va al pueblo muerto, al San Vicente que dejó de existir. Es pasearla presenciar un desfile de ruinas. Por cima de estas ruinas álzase la iglesia, como un símbolo. Parece colocada en tal sitio para decirles á los hombres: «Mi reinado pasó. Sólo sobre cosas y pueblos muertos me puedo erguir. Soy un muerto más. Espíritus muertos son también los que se empeñan en resucitarme.»

Y es poética la visión de estas ruinas pudriéndose bajo el cielo lluvioso. Los muros negrean, se arrugan como las pieles de los viejos; yedras y jaramagos se agarran á las desiguales junturas, formando penachos y guirnaldas de un verde funeral; la hierba crece entre los guijarros; el aire gime por los escombros; las nubes lagrimean contra ellos; ecos misteriosos vienen de todas partes á la vez. Aquella

desportada ventana descubre los artesones de una estancia señorial convertida en granero; esta rendija nos muestra un patio del siglo XVI; la otra, una gradería plateresca, que el musgo alfombró con esmeraldino tapiz; la inmediata, unas ojivas donde bordó primores el gótico florido. En el hueco de una corona, cimeadora de un escudo, anidan los plebeyos gorriones.

El pasear ruinas tiene grandes puntos de contacto con las excursiones que el hombre emprende á los interiores de su alma. También es ésta sepulcro, dentro del cual el pasado se pudre. Aquí, una ambición que nunca fué realidad; allí, una realidad que dejó de serlo; más lejos, la imagen de un vivo que es ya un muerto; más lejos aún, la de un muerto que no ha dejado de vivir; allá... ¡ruinas, ruinas también!... Sobre ellas crecen desengaños, tristezas, amarguras, formando meláncolicas guirnaldas de dolor y de olvido...

Mi primera visita fué para el castillo, una fábrica del siglo IX; debió ser fortaleza temible cuando la construyó un Estrada, gran personaje de aquella época, enlazado á una hija del rey Don Alfonso III.

Todavía existe, próxima á San Vicente, la casa solariega de Estrada, ostentando este orgulloso mote:

Yo soy la casa de Estrada,
fundada en este peñasco;
más antigua que Velasco
y al rey no le debo nada.

¡Cómo reirían aquellos Estradas, los fundadores

del castillo, los escribidores del altanero mote, los que «nada debían al rey», si salieran de sus sepulcros y vieran á sus descendientes por clase, á los nobles modernos, desempeñar en las antecámaras palaciegas oficios lacayunos y disputarse como gloria el honor de llevar á sus reyes el impermeable ó la sombrilla!...

A hueco suenan mis pasos en las cámaras derruídas; ni á hablar alto me atrevo por temor de que las medio rotas bóvedas se me vengan encima. En los patios vivaquean mesnadas de lagartos; en las cuadras celebran corte los murciélagos; insectos voladores recorren zumbando las almenas; en la torre del homenaje una culebra de ojos vivos y sanguinarios, me recibe irguiéndose sobre la cola y describiendo con su cuerpo una curva, ignoro si amenazadora ó cortés. Pronto se oculta bajo las altas yerbas. Me asomo á las murallas para ver la ría. En la ría, frente al Castillo, ancló la escuadra de Bonifa cuando fué á conquistar Sevilla para el rey Fernando III.

Al presente, ni tenemos reinos que conquistar ni escuadras propias que recibir en puerto alguno. Sabedora de ello la autoridad marítima de esta aldea, entretiene sus ocios pescando salmonetes desde una barquilla miniscula.

Salgo del castillo y parto en dos una muralla de chicuelos que me contemplan con asombro. Por la rudeza de su planta y por su descuido en el aseo no des-

entonan del conjunto; llevan más churretes en la cara que ropa en el cuerpo. Buenas viviendas son para ellos y para sus padres los restos de edificios, construídos en los siglos XII y XIII, que se bambolean á un lado y otro de la vía.

Mis ojos paran frente á un escudo puesto en la fachada de otras ruinas. Tiene la fachada dos estilos; el más antiguo, perteneciente á la primitiva fundación, es de fines del siglo XIII ó de principios del XIV; el otro, soberana muestra del más puro renacimiento.

El escudo lleva este mote: «Adelante, por más valer, los del Corro.» Estoy frente á la casa de quien fué inquisidor apostólico de Sevilla por los Reyes Católicos, del licenciado Antonio del Corro, canónigo, varón insigne y otra porción de buenas cosas, si hemos de creer á lo que reza el epitafio.

Allá el epitafio con sus alabanzas, y con sus acciones el licenciado Corro. Lo que si parece indudable es que el licenciado debió ser hombre listo, puesto que le hicieron inquisidor jefe de Sevilla á los treinta y dos años; y debió de ser también un guapo mozo, si su imagen real correspondía á la magnífica escultura que da remate á su sepulcro.

Es un prodigio de arte la escultura del licenciado Corro. ¿Quién la hizo? Se ignora. El nombre del autor no llegó á nosotros. Sea quien fuere, era un gran artista italiano del siglo XVI.

En la capilla de los Corro, junto al sepulcro de sus progenitores, álzase el del inquisidor. Una luz suave é indecisa envuelve como entre gasas la medio tendida imagen del noble sacerdote.

No de piedra, de finísima pluma son los almohadones, en que el cuerpo, ceñido por talar ropaje, descansa. Maravillas hizo el cincel modelando los pliegues de la túnica, bajo los cuales se acentúa el varonil dibujo del cuerpo. Incorpórase el busto á medias sobre el codo; la cabeza se apoya con melancolía en una mano, por cuyas venas se ve circular fuerte y libre la sangre; los labios se pliegan entre dulces y desdeñosos; los ojos caen sobre un libro abierto. No lee; parece meditar. ¿A propósito de lo que leyó? Por muy hondas meditaciones que inspire la lectura de un libro, es más honda meditación la que se descubre en los ojos de Corro. No es un momento, es una existencia la que resume entre los párpados caídos aquella mirada. El otro brazo de la estatua desmaya cerca del infolio.

Corro murió viejo. El artista no escoge la edad de su muerte para inmortalizarle. Le representa en pleno vigor, á los cuarenta años, cuando aun se agitan con toda su fuerza las pasiones, pero cuando ya se tienen experiencia y energía bastantes para dominarlas, para que nos lleven, si es preciso, á la muerte, nunca á la vergüenza y á la humillación.

En ese momento de la vida nos ofrece á Corro el

escultor. No sé quién ha dicho que es imposible expresar la serenidad y el reposo mejor que la estatua del canónigo sevillano.

¿Serenidad? ¿Reposo?... ¿Serenidad? No la hay en aquella frente espaciosa, algo abovedada, sobre la cual se crispan arrugas que denotan las internas luchas del cerebro. ¿Reposo? No lo hay tampoco en aquellos ojos, más abstraídos que serenos; las aguileñas narices dilatan sus fosas como si aspirasen, no en la realidad, en el recuerdo, el olor más grato á su dueño; el olor querido, ese incienso, esa alma material que distingue uno de otro á cada fruto, á cada flor, á cada ser; los labios se fruncen; ¿sonríen?, ¿se contraen á impulsos de la alegría, ó de la pena? Difícil es saberlo. Pero, no existen la serenidad y el reposo en el semblante de Corro, redondeado por una barba terca que breve hoyuelo parte en dos.

Hay en el semblante de Corro palideces sombrías, palpitaciones casi imperceptibles que no hablan de reposos y de serenidades. Dijérase más bien que el inquisidor, sorprendido en su lectura por alguna memoria del pasado, por el memorial entero de su vida tal vez, ha hecho un viaje hacia adentro y refleja en su rostro la desengañada amargura, el frío escepticismo con que se vuelve á los cuarenta años de estos viajes.

Media hora estuve frente por frente á la estatua de Corro. ¡Quién sabe si en aquellos treinta minutos

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hice también un viaje por los interiores de mi alma! De apoyarme contra el sepulcro metióseme en el corazón su frialdad; apenas tuve ojos para la iglesia, en cuya arquitectura pelea triunfalmente el románico con los tres góticos reunidos; apenas si me fijé en la Virgen del siglo xv que embellece el altar mayor, y en otras curiosidades que la adornan.

Una luz cenicienta caía de las altas bóvedas, luego de cernerla el vidriaje en los rosetones. En aquella semisombra ví destacarse un bulto de mujer.

Envolvía su cuerpo amplio manto negro caído sobre una falda del mismo color. Era joven; en sus ojos brillaban las entonaciones de esta montaña y de este mar; sus cabellos eran broncíneos; sus manos blancas y carnosas, se cruzaban en su seno arrogante; de sus labios rojos, escapábanse largos suspiros.

Me pareció reconocerla. ¿Dónde, cuándo, en qué ocasión había yo visto á una mujer así, con el mismo traje, en la misma actitud dolorosa?... Pero, ¿la veía ahora en realidad?... Cuando abrí los ojos, cerrados un minuto para recoger el pensamiento, la enlutadano estaba en la iglesia.

Atravesé el pórtico románico. No ví á nadie tampoco. ¿Fué criatura de carne y hueso?... ¿Fué fantasma?.. ¿Fué evocación?...

¿Fantasma? ¿Evocación? ¡Quién sabe! Donde reina la muerte, son lógicas las apariciones.